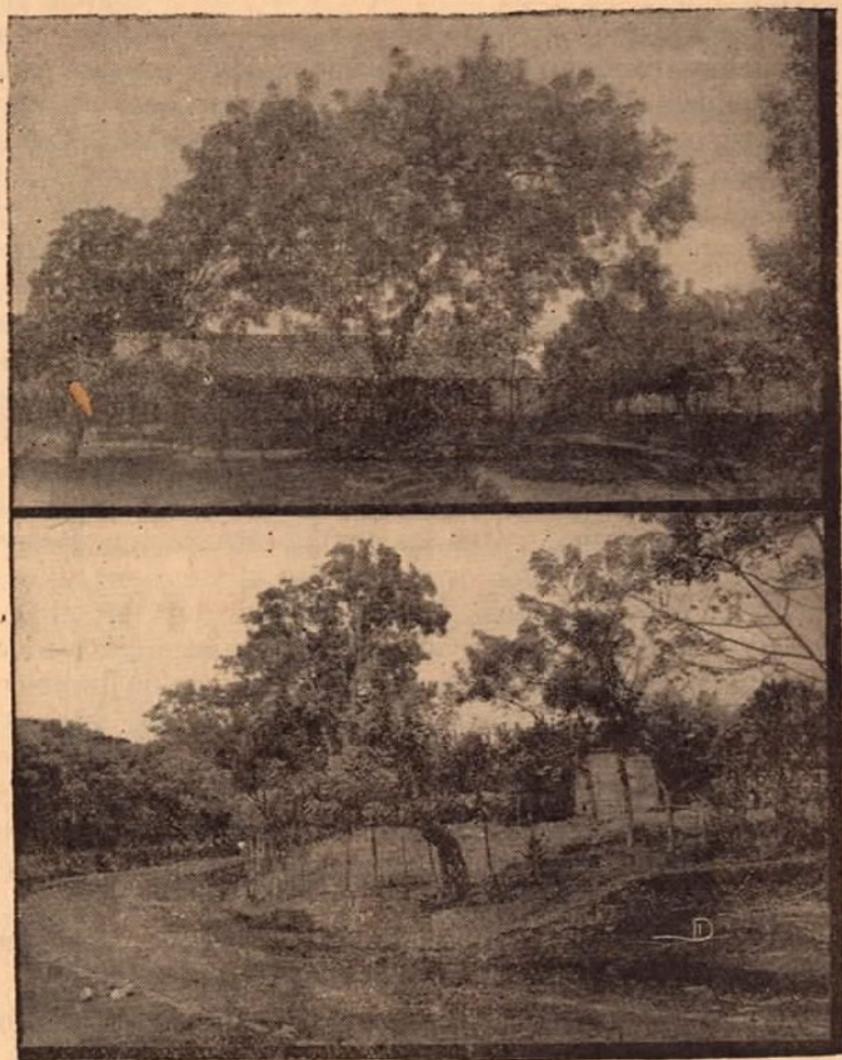


cias eran pobres. Hasta de ropas carecían sus habitantes. En medio de las riquezas naturales de sus tierras, vivían miserablemente. Ni geográfica, ni política, ni económica, ni etnológicamente podían localizarse puntos de contacto. No había unidad humana. La tónica era la desigualdad. La hermana mayor, Guatemala, por haber sido el asiento de la Capitanía General del Virreinato, contaba con un núcleo aristocrático, que por lo reducido y ensimismado, hacía contraste con el número de sus nativos, sometidos a cruel esclavitud.

Como una consecuencia natural del olvido en que España tenía a nuestras pobres provincias, los movimientos libertarios de México y Sudamérica hicieron posible la independencia de Centroamérica, sin costo alguno; con una que otra protesta de los monárquicos que creían terminada su preponderancia política, económica y social. No pocos de los españoles monárquicos pensaron que era mejor acomodarse a la nueva situación y hasta tomaron parte activa en la organización de los nuevos estados. Después de todo, ya estaban desvinculados de su patria y su mejor suerte dependía de su actuaciones dentro del nuevo régimen. No había muchas cabezas dirigentes y la inopía de la ciudadanía, si bien facilitaba la improvisación de dirigentes,—porque en tierra de ciegos el tuerto es rey—hacía más compleja la organización administrativa.

Se caracteriza la vida independiente por una política tambaleante, insegura. Las clases altas suspiraban por volver a la monarquía; las clases dirigentes temían a México, de mayores recursos, y hasta se inclinaban por solicitar la anexión. Costa Rica, la más lejana y la más pobre de las provincias,—aislada por la distancia y por el olvido—, era simple observadora. Sus prohombres pensaron que era preciso “esperar a que se aclararan los nublados del día”. Surge la idea federativa. Había que unificar la administración, la economía; los símbolos nacionales, para darle alguna fisonomía al nuevo estado político. Que en lo demás, los estados todos siguieron viviendo olvidados de los vecinos, salvo aquellos más cercanos, donde era más efectivo el influjo de la nueva organización y donde las rivalidades eran más visibles.



Sítio "EL JOCOTE", donde pactaron el General Morazán y el Brigadier Villaseñor.

Pero se crearon obligaciones recíprocas; una de ellas el aporte de fuerza militar. El cupo federal de cien hombres más doscientos milicianos que pidió el presidente don Manuel José de Arce, en marzo de 1826, en virtud de lo dispuesto por la Comisión del Congreso Federal, en defensa de la libertad y la absoluta independencia de Centro América. Después se pensó en tener cuatro mil hombres en pie

de guerra y a Costa Rica se le señaló un cupo de 400. Es de pensar en la molestia que esta disposición pudo causar en un pueblo tranquilo, acostumbrado a vivir en paz. Los soldados debían alejarse de sus hogares, para hacer un viaje largo, penoso y peligroso. Acaso para no regresar. Costa Rica carecía de armas y de dinero para hacer el envío del cupo de soldados que le correspondía. Y lo más grave era la distancia que debían recorrer, sin contar con caminos transitables y sin medios para hacerlo por la vía marítima.

Don Felipe Molina, en su Bosquejo de 1851, pinta la situación de Costa Rica así: "Hecha la independencia y elevada Costa Rica a la categoría de estado en la Federación de Centro América, ese mismo aislamiento que tanto le había perjudicado, se convirtió en principio de felicidad, impidiendo que el país fuera envuelto en las prolongadas guerras que tuvieron lugar entre los demás estados y el Poder Federal, o de unos estados contra otros; al paso que el comercio libre, la paz general, la extinción de piratas, el ingreso de forasteros y la introducción de nuevos cultivos y de maquinaria le comunicaron al país un rápido impulso que lo ha conducido al grado de prosperidad en que se mira".

No podía hacerle mucha gracia, a Costa Rica, años más tarde, la idea de volver a la Federación. La experiencia es maestra. Nuestros abuelos pensaron que era mejor ser cabeza de ratón que cola de león.

El panorama centroamericano era el resultado de la dejación y el olvido en que vivimos durante el coloniaje.

Oigamos el "Mensual de la Sociedad Económica de Amigos del Estado de Guatemala, de junio de 1830, N^o 3.

"Cerca de tres siglos de gobierno absoluto produjeron resentimientos y enconos que estuvieron reprimidos por igual espacio de tiempo. Llegó al fin el de exhalarles: se gritó INDEPENDENCIA; y empezó la lucha tan obstinada como sangrienta, entre los españoles que querían conservar sometida y los americanos que deseaban emancipar la América. Vencidos los primeros por la energía que da siempre el espíritu de libertad, empezó la otra contienda tan horrorosa como la primera. Los que estaban acordes sobre la independencia de la América, no lo estaban sobre

la forma de gobierno. Faltaban luces en las ciencias administrativas que no se han cultivado; faltaba experiencia en los actores que por la primera vez se presentaban en las tablas: faltaba el conocimiento científico de los pueblos a quienes se habían de dar leyes. Lucharon unos contra otros, los que debían ser hermanos. Se derramó su sangre y hubo muertes y errores". Esta descripción es de un contemporáneo.

Nuestra interpretación del momento que vivía Centro América al declararse la independencia, tiene también su apoyo en esta frase de Federico Hernández de León, en "El Libro de las Efemérides" (1925):

"Los peninsulares, los criollos, los españolizados, se manifestaban en su gran mayoría y mostraban sus inclinaciones a la restauración de regímenes abolidos y disponían de las abrumadoras masas analfabetas. Los patriotas estaban en menor número y llegaron a ser objeto de encono, por parte de los amigos de la anexión", (a México).

Y más adelante agrega:

"Deben consignarse los nombres del doctor don Pedro Molina, de don José Francisco Barrundia y de don José Francisco Córdova, como la trinidad patricia que se oponía con toda la brillantez de su dialéctica y de su valor moral, a la independencia".

Costa Rica reasumió la plenitud de su soberanía, por decreto de la Asamblea Constituyente de 14 de noviembre de 1838.

En Guatemala se quejaba el doctor Molina del "desorden en que el Estado se ha visto en el largo período de siete años. Cualquier incidente ha sido causa de una relajación en el régimen constitucional, y ha motivado leyes de circunstancias que son las que minan constantemente la ley fundamental, las que inducen una perniciosa perplejidad en los que obedecen, no sabiendo ya a qué atenerse; y las que todo lo enredan convirtiendo la legislación en un caso inexplicable". (Exposición a la Asamblea de 6 de febrero de 1838). Pero en lo social no andaba mejor la hermana mayor. El mismo don Felipe Molina decía en otra nota: "El Gobierno ve con dolor que no han tenido hasta ahora todo el efecto deseado sus providencias, dirigidas a reprimir los

excesos de las partidas armadas que afligen a varios pueblos del Estado y que mantienen en continuo sobresalto al hacendado y al comerciante". (Pág. 49-50 de Montúfar, Tomo III).

Las hermanas del Norte, Guatemala, Honduras y El Salvador, terminaron por entrar en una lucha feroz. En ese momento aparece Morazán, como abanderado de la independencia. Fué llamado por el Jefe del Estado de Honduras, don Dionisio de Herrera, a servir la secretaría general, en setiembre de 1824. Entonces se apreció la inclinación de Morazán a la guerra.

Consecuentemente, al llegar Morazán a Costa Rica, en 1842, llamado por los enemigos de Carrillo, que vieron en aquél su salvación,—y tomando en cuenta la experiencia de los tres años de vida federativa—no podían los costarricenses mirar sin recelo una nueva aventura unionista, en la cual tocara a nuestra nación el aporte de hombres y de dinero, totalmente, mientras se llegaba a Nicaragua, por lo menos. Pero quienes llamaron a Morazán, no contaron con la huéspedada, seguramente. Tuvieron la ingenuidad de creer que él vendría a deponer a Carrillo, y que a lo sumo se contentaría con asumir el poder. Como ya había experimentado en los otros países, era posible pensar que se olvidaría de sus afanes unionistas. Mas no fué así.

4)—Liberales y conservadores.

Parece natural que, en el curso de este análisis, nos ocupemos también de hacer una interpretación del momento político, y desde luego, de los orígenes de la división de la ciudadanía en liberales y conservadores. ¿Por qué no se formaron bandos monárquicos y republicanos? ¿O demócratas e imperialistas, por ejemplo? ¿Qué sentido tenía ese término liberal?

Hay que retroceder hasta los días en que funcionaban las Cortes de Cádiz con representantes de nuestras naciones. Costa Rica tuvo la suerte de que el presbítero don Florencio del Castillo, no sólo fuera diputado, sino que llegara a ocupar la presidencia. Y ¡cómo resuenan sus ideas democráticas todavía! ¡Cómo vibra su voz en defensa de los

indios! En esas Cortes fué donde comenzó a hablarse de liberales. Eran los diputados que pedían reformas sociales, económicas y políticas. Eran los hombres en quienes hacía eco el enciclopedismo francés. Allí comenzaron las pláticas sobre la libertad de pensamiento, la libertad económica y política. Los que pensaban que lo mejor era el *statu quo*, mantener lo existente, o a lo sumo mejorarlo, éstos eran los conservadores. No tuvo, pues, el término liberal, en aquellos días, una acepción de carácter religioso, dogmático. Tal movimiento, era natural, tenía que reflejarse en nuestras tierras. Aquí también había elementos avanzados. Desde varios años atrás se venía formando el grupo rebelde, que pedía la independencia. Se daba el caso de que sacerdotes enfilaran en el grupo liberal; como los había en el partido conservador. Ya en 1821 encontramos en Costa Rica un sacerdote liberal: el padre Miguel Bonilla.

El liberalismo centroamericano tuvo su origen en la protesta viva contra las clases altas, predominantes, que deseaban mantener sus privilegios. Por eso se oponían a la independencia. Por eso mismo trataron de anexarse después al imperio de Iturbide. Los privilegios de la nobleza tocaban a su fin.

Monseñor Sanabria lo consigna muy bien en su libro "Primera Vacante de la Diócesis de San José", (1935). "Es innegable que en el fondo de esas usurpaciones e intromisiones del Estado, había o podía haber un germen de liberalismo verdadero. Pero era un liberalismo que podríamos llamar "criollo", hijo legítimo del regalismo español, que muchas veces hacía alarde de protector de la Iglesia en los mismos momentos en que dictaba esas disposiciones anti-ecclesiásticas". Otro fué el sentido que inspiró a los liberales del 71. Fué una reacción política con todo su cortejo de males. Los propios de toda reacción. En Guatemala una reacción contra el régimen de Carrera.

Morazán, romántico al fin, se enfiló en el liberalismo y como tal actuó en Honduras, Guatemala y El Salvador. Una modalidad del liberalismo centroamericano fué la aspiración a unir los cinco estados, restablecer la Federación. En ese punto estaba el nexo de Morazán con los liberales. Muy a pesar de haberse desarrollado en sus primeros años

al calor de dos buenos sacerdotes. No fué Morazán un im-
pio prototipo de perseguidores de la Iglesia, comenta Mon-
señor Sanabria.

5)—La figura física y moral.

Físicamente era alto, delgado, tez blanca, de perfiles finísimos, como el tipo helénico; cabeza firme, erguida, todo bizarría en el continente. Atraía su figura, y atraía también su palabra, peculiar en su modulación y dócil al pensamiento. Sobrio en sus costumbres, en sus actos. No le llamaban las diversiones, y huía de la ostentación, inclusive la militar: jamás usó galones ni se ciñó espada al cinto sino para ir al combate. Declinaba las demostraciones de adhesión, los banquetes y los séquitos. Afirman sus biógrafos que, siendo Jefe de Estado, llegaba a su oficina trajeado de levita, con sombrero bolero. No tenía guardia en su casa, ni soldado a su servicio. Tal lo describe Leonardo Montalbán.

Frente a su retrato se siente cierta impresión de respeto y admiración. Hay rasgos fisonómicos en su rostro que revelan un temperamento guerrero. Pero la bondad no era ajena a su corazón. "Alto, delgado, recto, marcial; sus maneras suaves, su acción desenvuelta con cultura y su palabra fácil, acompañada de una modulación irresistible, atractiva", dice otro comentarista (A. Grimaldi).

Parece natural que tras él fueran los prosélitos. Tenía la distinción de un gran capitán. Podían ser escasos sus conocimientos militares y estratégicos, pero su valor, su idealismo siempre presente en todos sus actos, le rodeaban de simpatías.

Hernández de León afirma que "Morazán adoptaba actitudes, pero rompía su firma y quebrantaba su palabra; no correspondía el principio a sus finalidades".

Siendo un liberal, un patriota, creó la dictadura. Donde gobernó, hizo sentir el peso de su espada. Con la dictadura de Morazán se inició el período liberal de los diez años, siete de los cuales se llevó el gobierno del doctor Gálvez, consigna el propio Hernández de León, cuya palabra

de guatemalteco y de investigador acucioso, tiene para nosotros gran valor.

Puede que hubiera en Morazán un complejo de inferioridad que lo hiciera débil ante la sugestión del amigo. ¿Acaso no dirían a Morazán, como a Bolívar, sus generales:

—“Poneos la corona imperial y, con la punta de nuestras espadas, la sostendremos en vuestra cabeza”. En su caso: —“¿Unid a Centro América y os haremos su presidente?”

Sigamos leyendo a Hernández de León, que aclara el punto:

“El general Morazán a los finales de su vida, tomaba caracteres de déspota y el destino lo cegó, hasta perderlo para siempre. Morazán era un hombre superior. Pero tenía las debilidades que le tocaran como humano. No tuvo fuerzas para desbrozar su alma, y las pasiones pequeñas que achican, le empujaron a la sima del crimen. A las últimas, desconoció la piedad, se hizo sordo a los deberes supremos de la amistad, creyó que la disciplina militar estaba sobre los altos principios de la generosidad, y cayó en un error que repercutió en toda la América Central”.

El destino ciega a quien quiere perder. Los propios actos de Morazán le hicieron deshacerse de amigos tan leales y tan destacados como el doctor Molina.

Las vidas totalmente ejemplares,—ha dicho Palacios—son aquellas que abarcan los dos polos de la palabra y la acción, puestos ambos al servicio de una obra colectiva. Morazán no tenía la pasta que le hiciera creador de pueblos. Lo movió un gran romanticismo, que tuvo visos de gloria, mientras sus mentores espirituales lo guiaron. Cuando actuó por su propio criterio, ya no marcó sendas de bien sino que se tornó en animador de la fuerza contra todos los principios de humanidad y de justicia, de lealtad y de amistad.

De Napoleón se dice que de no haber terminado en Santa Elena, prisionero, su nombre habría perdido mucho de su prestigio; que su gloria sería bastante menor. A Morazán lo salvó el cadalso. Lo convirtió en mártir de su ideal. “Como los héroes de Esquilo, parece que estuviesen consagrados a un destino inexorable”.

6)—Analicemos el sujeto.

Para Morazán, la guerra era la mayor atracción; en ella cifró su gloria. Cuestión de temperamento. "Henry Fabre allanó su vida al más humilde oficio: averiguar cómo viven y cómo mueren seres a quienes Dios concedió un leve soplo de su poder vital. Descubrió el secreto de las vitlas de los insectos y conquistó nombre. No hizo poemas ni condujo soldados a la gloria, pero sus relatos cobraron visos de erudición milagrosa". Morazán luchó, dió su vida por un ideal que al cabo de una centuria sigue siendo quimera; aspiración sin realizar. Así, la seducción de la paz inmortalizó a uno y la seducción de la guerra creó el pedestal en que se asienta la gloria de otro.

Orígenes.—¿De dónde había salido? No había salido de las clases privilegiadas; no contaba con pergaminos de nobleza ni con ascendientes de sangre ilustre cuyas hazañas le hubieran servido de ejemplo para levantarse como ellos o superarlos, so pena de concluir en él, oscuramente, la gloria de su linaje. Tenía, es verdad, sangre corsa como Napoleón el Grande; pero esta circunstancia, si en ella hubiera encontrado un estímulo, nada habría significado, por sí sola, a no haber concurrido en él otras para que fuera lo que fué. Morazán había salido del pueblo, que es de donde han salido los grandes héroes, timbre y orgullo de la Humanidad". Así habla el historiador hondureño, don Rómulo E. Durón, recientemente fallecido. Hay que respetar en Durón, como en Heliodoro Valle, su hondureñismo. Los hombres valen por su espíritu cívico, tanto o más que por su talento. El talento puede ser instrumento del bien o del mal, indistintamente; además, es un don que se trae al nacer. En tanto el civismo hace posible que los hombres y sus naciones crezcan en bienes. El civismo lo crea el hombre y sólo tiene una finalidad: el bien. Si el civismo es acción, se traduce en realidades; si se concreta a simples frases, es estímulo y es ejemplo. Crea la acción obra material; crea el estímulo, aspiraciones que pueden traducirse en realidades. Para nosotros el hombre ha de ser un conjunto de idealidad, de civismo, de voluntad, puestos al servicio del bien.



Casa de la ciudad de Heredia donde el General Morazán firmó su primer decreto en 1842.

Temperamento.—Morazán fué un gran romántico. Vió en la época en que el romanticismo señalaba una influencia por todos los rumbos. Como Lord Byron, buscó la lucha, la hazaña que le diera nombre, fuera de su patria.

Sus virtudes.—Con frase ajena apuntamos: “Era franco en sus procederes y sincero en sus ideas. Republicano decidido; no quiso aceptar la dictadura que le ofrecieron sus adversarios”. Son palabras de nuestro don Cleto González Víquez.

¿Fué un autónomo?—No se puede precisar bien si tuvo inspiraciones. En sus memorias de David, en sus proclamas, en sus actos de gobierno pareciera reflejarse el talento del doctor Molina, la sagacidad de Saravia. Le sedujeron las matemáticas, la historia, el dibujo y el derecho civil. Por la sangre, había algo que lo empujaba a la aventura. Su gran ideal se compendia en dos palabras: liberal y unionista. Todo lo supeditó y lo sacrificó a su supremo ideal unionista.

Su cultura.—“No tuvo maestros sino de primeras letras. Se mencionan como sus preceptores más distinguidos dos

humildísimos frailes, doctores en la doctrina cristiana: Santiago Gabrielin y José Antonio Murga. Después se ilustró solo. Apunta Montalbán. Era un autodidacto. Sus primeros años los pasó al lado de un sacerdote, su tío. No dió entonces muchas muestras de su capacidad. Fué el destino reservado. Los rasgos de la letra de Morazán revelan un temperamento fuerte. Trazo inglés, seguro y claro. Hacen pensar en un hombre poco común. El análisis grafológico puede dar algunas luces.

El político y el militar.—Varios historiadores le han considerado como un hombre demasiado idealista. Era la nota predominante en él. Lo que le daba cada día nuevas fuerzas y ponía más distante su objetivo, sin que desmayara. La dificultad se convertía en refuerzo de alientos. Libró muchos combates. No quedó tradición de su estrategia. Para unos era muy impulsivo. Se le enaltece o se le denigra acremente. Iguales proporciones cobran el elogio y la crítica en sus biógrafos. Don Cleto González Víquez apuntó: "Militar sobre todo; se crecía en el campo de batalla, y sus excelsas condiciones de mando, de estrategia y de valor, se manifestaron de modo que asombra; pero no había nacido para la faena diaria del gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz. Era un caudillo, era un capitán valiente y un hábil estratega; no era un estadista ni un político. Sabía vencer, no utilizar la victoria; sabía pelear, no gobernar". No puede olvidarse que: "La vocación es la reunión, en un individuo, del interés y la capacidad para determinada función". Un hombre de estado, debe ser valiente, debe ser enérgico y reposado en el actual; pero también debe tener un gran discernimiento y una gran capacidad para no dejarse sorprender ni por las pasiones, que son malas consejeras; ni por los intereses que a su alrededor se muevan, ni por ningún otro objetivo que no sea el de realizar el mayor bien posible, el de ajustarse siempre a la ley.

El medio geográfico.—Le toca actuar a Morazán en un momento difícil y en un medio estrecho. Era época de cons-

trucción de nacionalidades; de modelación de pueblos; de formación de ciudadanías. Todo estaba por hacerse. Faltaba luz y faltaba experiencia. Cada hombre debía ser su propio educador. Como diría Spencer: "había que preocuparse por lo próximo, sin despreciar lo lejano. La idea bolivariana pudo salvar a América y sin embargo todavía podría profetizar Martí: "Mucho tiene que hacer Bolívar en América".

7)—¿Morazán era liberal o conservador?

Es curioso pensar que nuestros pueblos no se dividieron, a raíz de la Independencia, en monárquicos y republicanos; en federalistas y separatistas, sino que se clasificaron en dos grupos, rivales, enconados: liberales y conservadores. Hernández de León, tan periodista como excelente historiógrafo, señala en "El Libro de las Efemérides" (1925) que "los peninsulares, los criollos, los españolizados, se manifestaban en una gran mayoría y mostraban sus inclinaciones a la restauración de regímenes abolidos y disponían de las abrumadoras masas analfabetas. Los patriotas estaban en menor número y llegaron a ser objeto de encono, por parte de los amigos de la anexión a México". Podemos aplicar la censura de Hernández de León a Trinidad Cabañas, a muchos de los dirigentes centroamericanos de aquel momento evolutivo, que se dividieron en liberales y conservadores, muy posiblemente por simple deseo de ponerse una etiqueta: eran honrados y valientes en toda la extensión de la palabra. "El tipo liberal a macha martillo. Casi estoy por decir que eran liberales sin saber lo que significaba el vocablo, tal era su liberalismo. Tal era, también, su conservatismo". Y sigue su severo juicio sobre Cabañas. "Y, además, unionista de los fanáticos, y, también estoy por asentar que no se daba cuenta de lo que entrañaba la unión. Ser unionista y ser liberal, eran el alfa y la omega de la vida del general Cabañas. Por eso militó al lado de Morazán y peleó junto con Barrios". Lo que se dice de los liberales puede afirmarse de los conservadores. El nivel cultural era pobre. La tónica la ignorancia. Los que sobresalían eran como iluminados. Los escogidos que podían aprovechar

las luces que los clérigos llegados de España aportaban; los que se codeaban con los pocos señores, de realeza efectiva, que con sus modales y decires ya enseñaban. Ese ambiente de gente bien era educador. Mas no todos podían aprovecharse de tal medio. Por eso se formaba una casta nueva, la de los más cultos. Los pocos libros que iban llegando y que tampoco podían caer en todas las manos, completaban la erudición, el saber de esa clase privilegiada. Tal como marchaban las cosas, íbamos a tener dos clases de esclavos: los hombres sometidos a dominio por su condición social y los ciudadanos ignaros, dependientes de los que por lo menos sabían leer y escribir. Nos atrevemos a decir que la verdadera independencia de nuestros países la realizó la democratización de la escuela.

Hecha esta digresión, se explica que los hombres de aquel momento actuaran a veces sin un sentido definido, y otros cayeran en las aberraciones más absurdas. En nombre del liberalismo o del conservatismo se podía negar el derecho de pensar y de actuar. Se podía llegar hasta el crimen. Por eso son condenables los extremos.

Nuestro Morazán actuó en Honduras, El Salvador y Guatemala, como liberal, no obstante haber recibido las primeras instrucciones de dos clérigos. La filiación liberal le valió la exaltación calurosa del doctor Montúfar.

En Costa Rica actuó Morazán imprecisamente. Llevó a la vicepresidencia de la Constituyente al presbítero don Isidro Menéndez, el clérigo salvadoreño que había sido el inspirador del Código de Carrillo y de toda la legislación que aquél vino a derogar. En esa misma Constituyente tuvieron asiento el padre don José Francisco Peralta y otros ciudadanos de ideas religiosas definidas.

Otro hecho que debe anotarse es el siguiente. Como resultado de la guerra de La Liga de 1835, en que las tropas josefinas organizadas por Carrillo entraron en Cartago, con el brigadier Villaseñor a la cabeza,—que más tarde había de volver las espaldas a su jefe,—se capturó la imagen de La Virgen de los Ángeles, que los cartagineses tenían por abogada. No se trataba de la verdadera imagen sino de una de las llamadas "Peregrinas", según ya aclaró el distinguido historiador Monseñor don Víctor Sanabria. Esa imagen es-



Plaza Principal de San José (hoy Parque Central), en cuya esquina suroeste, fueron fusilados el 15 de setiembre de 1842, el General Morazán y Villaseñor.

tuvo en el templo de La Merced de San José, desde el 15 de octubre de 1835 hasta julio de 1842 en que fué devuelta al templo de San Nicolás de Cartago. Hoy se venera en el templo de San Francisco de Guadalupe. (Véase El Mensajero del Clero, mayo de 1941).

Y a propósito de la Guerra de la Liga, queremos recoger un episodio que la historia no recuerda y que nos llegó por tradición de familia. Los soldados josefinos llevaban, entonces, como distintivo, una cruz de palma bendita, colocada en el sombrero. Y algún cartaginés volteriano formuló esta tonadilla:

“Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Sólo los josefinos
Te cargan en el sombrero”.

Muchos decretos firmó Morazán durante los cinco meses de actuación en Costa Rica, pero sólo uno tiene un alcance cultural; el que se refiere a la creación del Colegio San Luis Gonzaga. Fué una iniciativa de los constituyentes cartagineses don Félix Sancho y don José Francisco Peralta. Verdad es que el colegio no abrió sus puertas sino muchos años después. Pero se complació a los cartagineses.

Si no era tibio el liberalismo de Morazán, dicho está que por lo menos ya en él se había formado la naturaleza del político, que primero atiende a los intereses de momento, a las conveniencias sociales, para ganar adeptos, que a las propias convicciones personales.

8)—Morazán frente a Napoleón el Grande.

La historia del tiempo de Alejandro,—apunta Maurois—no nos es conocida sino por biografías: la de Plutarco y la de Arriano. Como consecuencia, ese fragmento de historia ha sido siempre tratado incompletamente. Obsesionados por la imagen de Alejandro, los historiadores han descuidado examinar la evolución de la Macedonia, cómo este Estado infundió a la civilización griega lo que era su propia fuerza: industria, marina y armamentos; y no lo que le dió la felicidad: libertad individual y cultura estética”.

Morazán hizo la guerra donde quiera que fué. Y la guerra lo llevó al sepulcro. Buscamos en vano la obra perdurable, civilizadora, que le diera prestigio eterno como hombre público. Su mejor galardón es el de haber sido un guerrillero afortunado. Y decimos afortunado porque las balas lo respetaron durante muchos años.

Dos veces fué presidente de la Federación Centroamericana; Jefe de Estado de Honduras, El Salvador y Costa Rica. Pero no encontramos, entre sus varios apologistas, una reseña de su obra de gobernante. Nuestro historiador González Víquez, cuya serenidad todos reconocemos, dice “que no había nacido para la faena diaria del gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz”.

Si lo tomamos como militar, como capitán y caudillo, tropezamos con el juicio severo de nuestro don Julián

Volio: "La Trinidad, el Espíritu Santo, Gualcho, San Pedro Perulapán, no son batallas sino simples escaramuzas al alcance de cualquier cabo de escuadra. Lo singular que en aquel hombre había, cae bajo la jurisdicción de los tribunales de justicia". Contra lo que opina Montúfar, que salvando las diferencias geográficas compara la aureola de Morazán en nuestro suelo con la que rodeaba a Napoleón, en gran escala, al volver de Egipto.

Las comparaciones suelen ser peligrosas. En vez de hacer historia se puede caer en la novela histórica. Se crea un héroe, pero se desfigura la verdad. Peligrosa es la novela histórica. Goethe dice que la forma mixta de historia y novela destruye a ambas.

Napoleón ha sido calificado de genio de la guerra. Pero no es su empresa guerrera la que afirma su renombre. Más que militar fué político. Un genio político. Lo que hace supremos entre los hombres a César y a Federico, para decirlo con Ludwig. No importa el curso de las batallas; lo que interesa es su carrera política, sus ideas como fundador de estados y como legislador. La forma como enfoca y resuelve los problemas sociales de Europa. Hacemos un retrato moral. Napoleón analizado así, triunfa. Se impone su obra. Morazán decrece. No fué un genio militar; fué un guerrillero con éxito. Nunca, que sepamos, se ha presentado su táctica militar como ejemplo. Ninguna significación—salvo el arrojo del capitán—tienen sus acciones de armas. Ya consignamos las palabras de Volio, que lo analizó mucho tiempo antes, muy cerca de los hechos que comentamos. Llevó a cabo sus acciones con valentía, para lograr su objetivo; pero no fueron producto de un plan estudiado. Valor sí tenía Morazán. Era temerario en la guerra. Ambición también. Y la ambición hace nacer impulsos sobrehumanos, capaces de dar la victoria. Su romanticismo lo llevó a batirse cuantas veces fué necesario para lograr su ideal. Y con la misma serenidad llegó al patíbulo, convencido de que moría por ese ideal. El medio en que actuó era limitado. Ni armas ni ejércitos adiestrados en el arte de la guerra. Convertía a los prosélitos en soldados. Su atracción personal llevaba a las gentes a seguirlo. La confianza en el triunfo y la esperanza del botín les daba mayores fuerzas.

Como legislador se recuerda a Napoleón. El código napoleónico fué norma de muchos de los que posteriormente adoptaron las naciones de América. Quien estudia Derecho hoy día debe conocer el Código de Napoleón. De Morazán no se recuerda una sola ley de resonancia. Y contó con hombres versados en la materia, que fueron sus colaboradores: el doctor Molina, Saravia, y al final el padre Isidro Menéndez, el mismo que asesorara a nuestro Carrillo, en la promulgación de su código del 41.

Napoleón y Morazán labraron su propio destino. Algo sobrenatural los impulsó hacia lo desconocido. Uno terminó en Santa Elena y otro en el patíbulo. La creación de un imperio que abarcara toda Europa fué la suprema aspiración de Napoleón. La unión de los pequeños estados centroamericanos, la de Morazán. No hay proporción en las empresas. No busquemos paralelismo en estas vidas. No lo lograría ni Plutarco.

9)—La entrada triunfal en el Jocote.

Hay necesidad,—escribía Leonardo Pena—una imperiosa necesidad de hombres que tengan conciencia de su dignidad, de su intelectualidad y de su individualidad; de hombres que sean hijos del idealismo emprendedor y creador y que tengan ese innato amor a lo bello, sin lo cual nada grande, ni justo, ni bello, puede hacerse; de hombres que tengan confianza en sí mismos; de hombres, en fin, que resuman y actúen con la fuerza potencial de los deseos que se agitan en las sordas muchedumbres y que tengan, si es posible, el extraño poder de ciertos espectáculos de la naturaleza que despiertan en nosotros el ansia de ser dignos de ellos”.

No basta fiar en las propias fuerzas ni en la suerte, que suele tener sus reveses. Morazán pasa de Caldera al Monte del Aguacate y se desvía hacia Sarchí, donde pernocta, el 10 de abril. Toma el camino hacia Alajuela, y llegando a San Josecito, vuelve por el camino de la Garita, para tomar la ruta del Coyol, a fin de seguir el camino de arrea de ganado. A poco andar sobre el camino del Coyol, se encuentra con las tropas de Villaseñor, que acampaban



General don Antonio Pinto.



Francisco Morazán (fotografía del óleo que se conserva en el Salón de Sesiones del Congreso de Costa Rica.

en el sesteadero llamado El Jocote. Un campo ancho, donde la sombra del jocote histórico y de los árboles que servían de cerca a las tres bocacalles que forman vértice, ofrecían al viajero sitio para el descanso. Es allí donde Villaseñor consuma su traición.

Durante más de medio siglo había estado ignorado ese punto del Jocote. Los costarricenses prefirieron olvidarse de la escena que se desarrolló. Ni la actitud de don Rafael Barroeta, —quien interrogado sobre la fórmula del pacto contestó simplemente: “Aquí no hemos venido a pactar sino a pelear”— amenguó la intensidad del hecho desleal que se consumó. Han subsistido otros nombres similares, El Jocote de Esparta, precisamente como con la intención de que el sitio del pacto se borrara en la penumbra del tiempo.

¿Cómo localizamos El Jocote? Reconstruimos con dos buenos amigos alajuelenses el camino que debió seguir Morazán, deseoso de evadir el paso por La Garita, sitio estratégico, donde siempre se mantenían vigías. Montero Barrantes señala el hecho de que Morazán pasó en Sarchí la noche del 10 de abril de 1842. Carrillo en su manifiesto de

Puntarenas, fechado el 15 del mismo mes, dice que Villaseñor "no había cumplido sus órdenes de cubrir los pasos de Púas hasta que el general Morazán los había pasado y se presentó en las inmediaciones de Alajuela". Necesariamente, de Sarchí siguió hasta San Josecito de Alajuela. Pensar en que se desviara hacia Poás, parecía ilógico, ya que su idea era llegar a Alajuela y Heredia, rápidamente. Buscamos los hombres mayores que viven del lado sur de la provincia y los hicimos recordar si por esos contornos no hubo algún sitio que se denominara El Jocote. Supimos entonces que, efectivamente, hubo un sesteadero, en el camino de arrea de ganado, que se distinguió así, porque allí se disfrutaba de la sombra de un árbol frondoso, de esa especie. Fuimos al lugar. Dejando la carretera que de San Josecito va a La Garita, entramos por la callejuela que conduce al Coyol. A doscientas varas, o poco menos, está la bifurcación del camino que forma una explanada, que antes fué una sabana. Era la "calle de en medio o calle de arrea", nos dice don Aníbal Hernández Casares.

En la punta de diamante que se forma, tiene su propiedad don Eloy Morales Madrigal, quien la obtuvo, hace bastantes años, de doña Aquilea Quesada de Saborío, madre del licenciado don Adán Saborío. Al hacer el traspaso de la finca, esta señora le dijo:

—Conserve esta propiedad, porque este sitio es histórico.

El señor Morales Madrigal nunca había indagado por qué era histórico el paraje. Sí recuerda que a pocas varas de la cerca de su predio existió un enorme jocote, cuarenta años atrás. Opuesta a la propiedad del señor Morales Madrigal está la finca de don Alejandro Murillo. Al fondo noreste queda la de don Amado Alfaro, que radica en la ciudad de Alajuela. Un anciano de 81 años, don Juan Leopoldo Oreamuno, que creció por esos contornos, declara que conoció El Jocote. Y ya para la guerra de Barrios, el 85, fué como expedicionario, aunque apenas alcanzó a llegar a Esparta. Esa vía va a salir al matadero municipal de Alajuela y permite, también, seguir hasta Heredia, pasando por La Asunción y Belén.

Carrillo trató de evitar derramamientos de sangre, pe-

ro delineó bien su plan de rechazo de Morazán. Lo dice en su manifiesto de Puntarenas de 15 de abril del 42. Villaseñor, Jefe del Estado Mayor, salió de San José con 400 hombres a cubrir los caminos de Púas; en La Garita había 300 hombres, cuya totalidad retiró Villaseñor, dejando sólo 50. "No había cumplido las órdenes de cubrir los pasos de Púas". El Jocote estaba muy cerca de la ciudad de Alajuela. Véase también cómo, desde el primer momento, Villaseñor tuvo la idea de no combatir a Morazán. Inició su traición desatendiendo las órdenes recibidas y dejando franca la entrada a Morazán. Bajo la sombra del jocote se consumaron los hechos.

Carrillo ya estaba amargado por las decepciones y pensó que era mejor tomar el camino del exilio. También a él lo llamarían, cuando Morazán comenzara a hacerse sentir. Quienes llamaron a Morazán, para deponer a Carrillo, no movieron un dedo para evitar su muerte. Y el destino hizo que en el mismo patíbulo terminaran sus días, Morazán que depuso a Carrillo, y el militar infiel que hizo fácil esa tarea. Morazán fué recibido por lo que llamaríamos la intelectualidad de aquel momento. El prócer don Juan Mora Fernández fué uno de sus mejores amigos. Ocupó la vicejefatura y cuando culminó la tragedia, recogió el cuerpo exánime y lo cubrió piadosamente. Lo sensible, lo inaudito, es que Morazán se divorciara de la opinión pública. Que no comprendiera nuestra idiosincrasia. Que volviera por la imposición de gravámenes y las medidas duras que le crearon malas voluntades, odios profundos, después del triunfo de Gualcho. Se afirma que le faltaba la capacidad del estadista. Que a veces era sordo al consejo sabio y oportuno. Lo principal, lo fundamental en su estructura psíquica, era la aventura, la romántica concepción que planeaba, de una Centro América grande, consolidada por la espada. Como si lo eterno no fuera lo que crea el espíritu, lo que responde a un sentido de comprensión, de reflexión, y por qué no decirlo, de interés inmediato. Por eso la unión no ha sido posible en el decurso de una centuria: porque se ha fallado en los planes para realizarla; ni la fuerza de las armas ni el poder de la idea romántica, por sincera que sea, harán el milagro. A Costa Rica vino Morazán a sabiendas de que

le podía servir de trampolín. No le interesaba ni le podía preocupar tanto la dictadura de Carrillo, como la posibilidad de contar con un punto de apoyo para la realización de sus ideas unionistas. Así, antes de organizar su gobierno, ya tomaba las primeras providencias para reunir los fondos que exigía la aventura quimérica.

10)—Los errores de Morazán en Costa Rica.

Las situaciones políticas suelen oscurecer los ojos de los que escalan el poder. La luz impide a muchas aves ver en pleno día. Los halagos o los elogios, como las gotas de agua, empañan el vidrio e impiden la visión del conductor del carro. De paso anotamos que a nuestro Carrillo lo deslumbró el poder. Lo llevó a creerse indispensable y se declaró presidente vitalicio. Como lo apunta Molina: "es evidente que ni el despotismo ni la libertad se pueden crear o mantener por medio de reglamentos escritos; es preciso que uno u otro sistema existan realmente en las cosas y en las costumbres, esto es, en la condición social del pueblo que se gobierna". La ambición llevó a Carrillo a la tiranía. Pudo aducir que su obra de gobierno requería un mayor período, pero eso no mejoraba su situación. Las leyes no tenían fuerza para modificar el medio social, apegado a la paz, el orden y el respeto recíprocos. La alternabilidad del poder ya era una aspiración. Carrillo estaba caído, porque la opinión pública se había divorciado de él. Sus enemigos suspiraban por la terminación de su gobierno. Estaban dispuestos a apoyar a quien intentara deponerlo. En ese momento el dilema era salir de Carrillo. Los bienes que trajo su administración ya no compensaban los males que imponía la necesidad de mantenerse en el poder contra el sentir general.

Desembarca Morazán el 7 de abril en Caldera y se pone en marcha hacia el interior. La traición de El Jocote lo pone en condiciones de vencedor, sin un hecho de armas. El 12 de abril asume en Heredia la jefatura provisional del Estado. Cinco meses dura su administración, sin lograr consolidarse. Fué un período transitorio. Tampoco tuvo tiempo de demostrar sus capacidades de gobernante. Su pensamien-



Miguel G. Saravia.



Dr. Pedro Molina.

to estaba fijo en la hora de tomar de nuevo la espada para someter a los otros países centroamericanos y formar la federación.

Resumamos los grandes errores de Morazán en Costa Rica.

a)—Dueño del poder, sin sacrificio de vidas ni de haciendas, se siente obligado a gobernar con sus fieles compañeros de aventura. Y el costarricense es individualista en ese extremo. El término extranjero tiene un hondo sentido determinativo: **fuerero**, ajeno a los propios intereses. Quiere que sean los costarricenses los que manejen la cosa pública. Los recién llegados se sintieron vencedores e hicieron ostentación de su triunfo. La repulsa fué tomando cuerpo. Pudieron ser llamados, pero únicamente para ayudar en la tarea de derrocar a Carrillo, no para que se inmiscuieran en los asuntos domésticos. Pensar otra cosa, fué el primer error.

b)—Inicia la labor administrativa que alcanza a noventa y nueve decretos de la Constituyente, concretados a derogar la obra legislativa de Carrillo, para restablecerla a punto y seguido, a veces agravada en sus alcances. Sólo el decreto de creación del Colegio San Luis Gonzaga tiene una

trascendencia social y cultural. Mas responde a una iniciativa de los cartagineses, a quienes deseaba agradar, ya que allí estuvo el foco anticarrillista.

El inspirador de la legislación de Carrillo, ya dijimos, fué el padre salvadoreño Isidro Menéndez, y Morazán, no sólo no lo alejó de su gobierno, sino que lo llevó a la vicepresidencia de la Constituyente. A los anticarrillistas no debió hacerles mucha gracia ese paso político.

c)—Vuelve al punto a pensar en la unión centroamericana; acaso también lo anima el deseo de vengarse de quienes lo habían obligado a salir de Guatemala, El Salvador y Honduras. Recluta soldados y establece exacciones. Las gentes huyen a la montaña, para evadir el servicio militar y el pago de los gravámenes que estiman injustos e innecesarios, y entonces les confisca los bienes y apela a otros extremos odiosos para obligar a los varones a presentarse a satisfacer sus deseos. El costarricense defiende su libertad y su bolsa. Como está apegado a la vida tranquila, reprueba toda tentativa de ataque a los vecinos. El ambiente que se formó fué tanto o más grave que el que rodeaba a Carrillo en sus últimos días de gobierno. Por lo menos éste era connacional. Era de los mismos.

ch)—Se produce la rebelión el once de setiembre. Las propias fuerzas destinadas a salir contra el resto de Centro América, se vuelven contra Morazán. Acto menos criticable que el ocurrido en El Jocote. Morazán, sin darse cuenta de la realidad, desoye al general don Antonio Pinto, que se vió colocado a la cabeza del ejército, según expresión recogida por Fernández Guardia. Siendo Pinto de origen portugués, se había connaturalizado con el sentir costarricense y piensa en economizar sangre. Morazán determina resistir. Logra evadir el cerco que le habían formado, después de que rechazó toda posibilidad de arreglo, y se traslada a Cartago. Para unos, en un supremo intento de rehacer sus filas; para otros, buscando la escapada. Era ya un vencido. Dejó la impresión de que huía. La debilidad del enemigo reaviva la fiereza del contendiente. Esto es lo humano. Se acercaba la hora trágica. El valor con que llegó al patíbulo fué la final constancia, la definitiva, del valor de Morazán.

Resumiendo, no rompió Costa Rica la Federación, ni fué

COLEGIO SAN LUIS GONZAGA.

EL 1.º DE SETIEMBRE DE 1842,
LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE,
A MOCIÓN DEL DIPUTADO DON FÉLIX SANCHO,
Y CON EL APOYO DEL DIPUTADO
PRESBITERO DON JOSÉ FRANCISCO PERALTA,
DICTÓ EL DECRETO NUMERO XCVIII,
QUE DICE:

"ARTICULO 1.º-SE ERIGE UNA CASA DE ENSEÑANZA
PÚBLICA EN LA CIUDAD DE CARTAGO, Y SU PATRÓN SERÁ
SAN LUIS GONZAGA."

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO
PARA SU CUMPLIMIENTO Y PUBLICACION.
DADO EN LA CIUDAD DE SAN JOSÉ
A 1.º DE SETIEMBRE DE 1842.

ISIDRO MENÉNDEZ, VICEPRESIDENTE.
JOAQUÍN BERNARDO CALVO, SECRETARIO.
FÉLIX SANCHO, SECRETARIO.

CIRCÚLESE Y PUBLIQUESE,
CASA DE GOBIERNO, SAN JOSÉ,
SETIEMBRE 5 DE 1842.
FRANCISCO MORAZÁN,
EL MINISTRO GENERAL DEL DESPACHO,
GENERAL JOSÉ MIGUEL SARAVIA.

CARTAGO, 1.º DE SETIEMBRE DE 1942.



Placa conmemorativa del primer Centenario del decreto firmado por el Gral. Morazán, que dispuso la creación del Colegio de San Luis Gonzaga en Cartago, y que se colocó el 15 de setiembre de 1942, con la asistencia de los Secretarios de Educación Pública de Centro América y Panamá.

culpable del trágico fin de Morazán. Él mismo creó el clima de la revuelta. Él mismo se negó a oír las proposiciones de Pinto. Nos duele, aún, ese final; pero es el que corresponde a un idealista que llega hasta el sacrificio por su causa.

Carrillo y Morazán fueron polos opuestos. Carrillo hombre de acción, práctico; de dimensión más amplia. Pensó en el progreso de su país y realizó todo cuanto pudo, a costa de todas las enemistades; de acuerdo con su mentalidad política. Había que crear recursos e impuso tributos; había que poner orden y dictó leyes y códigos. Y los aplicó con rigor.

Morazán era iluso. Confiaba en su buena estrella. La idea de grandeza geográfica le absorbía y le vendaba los ojos. Los medios de realizar su idea no importaban. Lo interesante era poner en práctica sus planes. La fuerza de las armas era su suprema ley. La antítesis de Carrillo que fiaba más en la fuerza de la ley.

11)—La casa trágica de doña Ana Cleta Arnesto de Mayorga.

Morazán creyóse seguro en Cartago. Él les había devuelto la imagen peregrina de la Virgen de los Ángeles. Solamente en un extremo no los complació: en el restablecimiento de la capital. En cambio sancionó el decreto de la Constituyente creando el Colegio de San Luis Gonzaga.

Pero la desgracia rodeaba a Morazán. La casa de doña Ana Cleta fué la antesala del patíbulo. Describamos esa mansión: altas las paredes de gruesos adobes; situada en la esquina que hoy ocupa el Teatro Apolo. Al lado este tenía tres ventanas, la primera con rejas, al estilo español, decorada en la parte superior con un escudo. Las otras dos ventanas eran de madera, con una reja de columnas torneadas, como una sarta de bolitas.

La entrada principal miraba al norte; había una parte metida, con un corredor al frente y un grueso portón, con rejas, que dejaba mirar al interior. Un corredorcito enclaustrado, con una puerta al este que daba al salón principal. El adorno de éste era severo: una mesa con plancha

de mármol, al centro; sillones de cuero con tachuelas de cabeza grande, de bronce; dos consolas con espejos grandes y colgando de las paredes cuadros antiguos, ya borrosos por la acción del tiempo. En la media luz de aquel ambiente, las figuras humanas que cobraban más severidad con los marcos dorados, de gruesas molduras, inspiraban respeto; acaso también temor, al menos a los niños. Las habitaciones interiores tenían vista a un jardín y al huerto, donde crecían las higueras y los duraznos.

La tragedia de Morazán dejó allí una honda huella. Saravia, el fiel amigo, se envenenó; Villaseñor, que corrió la misma suerte de Morazán, trató de terminar su vida con un estoque, pero sólo logró herirse en el costado izquierdo. En 1851 terminó don Pedro Mayorga, arrastrado por las aguas del Sarapiquí, y todavía sigue haciéndole mala sombra la tragedia, pues se cree, injustamente, que en vez de garantizarle asilo a su buen amigo, lo retuvo en su casa para que los josefinos lo apresaran. Dos hijos nacieron en el hogar Mayorga Arnesto: Zenón, capitán de escuadra, según el despacho firmado por el propio Morazán, que fué herido en la batalla de Rivas y falleció días después; María Manuela, que terminó demente. Su locura consistía en lanzar cuanto encontraba al pozo que se conservaba en el patio. Dice la tradición que de ese pozo seco se extrajeron alhajas y documentos años más tarde. El hallazgo se tiene como origen de cierto capital cartaginés.

La casa de los Mayorga Arnesto, que fué hogar afectuoso para cuantos hicieron buenas migas con sus moradores, vino a ser después asiento del almacén de géneros establecido por los señores don Felipe Martín y don Anastasio Herrero. El terremoto de 1910 terminó con el casón, que ya había sido reformado, donde Morazán creyera encontrar seguro asilo. Como también derribó el regio mausoleo de mármol erigido en memoria de quien dejara parte de sus haberes y los de su hija doña María Manuela, para servicio del hospital; para construir dos hileras de piedra de los muros del templo parroquial que nunca se terminó; para instituciones de caridad y aportes a la obra de educación pública.

El año diez cerró un paréntesis histórico. Destruyó a

la antigua Cartago colonial, haciendo posible que surgiera la nueva Cartago.

Recordamos que frente a esa calle corría una fuente cristalina y murmuradora, que venía desde la altura del Arrabal. Las calles empedradas, de cauces pluviales al centro, permitían que las aguas límpidas que bajan de las faldas del Irazú se deslizaran hacia el sur, dejando en el ambiente un susurro de raras orquestaciones. El terremoto de Santa Mónica hasta varió la topografía. Las fuentes tomaron otro rumbo; perdieron interés los puentes tendidos sobre la vía pública y se terminó para siempre la belleza que daban a la vieja ciudad de Vázquez de Coronado, las aguas murmurantes, la romántica tradición colonial.

Hay que creer en la fatalidad. Nuestro historiador don Ricardo Fernández Guardia establece claramente esta circunstancia. Fué la fatalidad la que impulsó a Morazán hacia Cartago; la que hizo imposible que se formalizara el convenio del 14 de setiembre de 1842 con Espinach; como había obstaculizado la entrega de la carta de don Antonio Pinto, sobre las condiciones del rendimiento; y la fatalidad hizo que el motín de orden político, promovido en San José, culminara con la muerte del caudillo y de su aliado Villaseñor. La muerte suele poner un manto de olvido sobre los odios y las pasiones. Al paso de Morazán hacia el patíbulo, no hubo sino el respeto y la admiración para el general vencido; al caer el cuerpo exánime, un piadoso silencio fué como el homenaje póstumo a quien supo jugarse la vida en diferentes acciones de armas. Las grandes causas deben tener sus mártires. Morazán lo fué del sentimiento unionista que embargó todo su ser; que inspiró todos sus actos; que lo llevó al sacrificio, estoicamente.

21)—Final que debió ser un responso.

El modo único de revivir a los muertos consiste en acordarse de ellos. De sus merecimientos y de sus errores, cuando se trata de hombres públicos. No puede el historiador desentenderse de ambos extremos. De improvisado guerrero califica Hernández de León a Morazán. Y agrega que de covachuelista, ascendía a la categoría de general,

y en año y medio llegaba a ser la primera espada de la República. Morazán en un corto plazo se desligaba de la sotana de su tío, el cura de Texiguat, para llegar a imponer su voluntad a su Ilustrísima, el señor Casaus y Torres. Son curiosas las transformaciones: el mozalbete que musitaba a diario la doctrina cristiana, de rodillas ante el modesto cura de la sierra hondureña, se alza con altivez soberana ante la dignidad arzobispal y la echa sobre las costas del Norte, para que se la tragaran las olas del mar. Morazán levanta, el primero, en América, la bandera de las revoluciones sobre el mundo de las conciencias... Aquí está el origen de la admiración de Montúfar.

Morazán era un soñador. Un idealista. "Soñar siquiera es ya el principio de una perfección", dijo el maestro Galdames. "La quimera divaga en lo infinito pero su sombra es una realidad".

Si cada hombre trae su destino escrito y no puede sustraerse a la pauta marcada, Morazán cumplió el suyo. Su gran ideal fué el de unir a los pueblos de Centro América. Pensó en asegurar la independencia, reafirmando la unidad geográfica. Ya en 1797 se firmaba el Pacto de los Americanos en París, precursor de los iniciales movimientos de independencia. "La libertad de un mundo iba a salir del caos de los siglos". La idea de la federación de los pueblos latinoamericanos era vieja y brotó de la cabeza de un genio. Morazán, como Miranda, debía ser ejecutor de un plan y el mártir de él. Bolívar soñó una patria muy grande. La han soñado después de él muchos otros. ¡Cuántos han pensado y han alentado el ideal latinoamericano! Pero el ideal sigue vivo. Morazán, al tratar de unir a Centro América se adelantó a su época. El romanticismo que lo animaba le vendó los ojos. Actuó fuera del medio y de la época.

La Revolución Francesa acabó en Bonaparte; Napoleón acabó en Santa Elena, dice Luis de Zulueta. El tiro de gracia ultimó la vida de Morazán, "que supo de las grandes victorias, que gozó de los grandes triunfos y que saboreó los más crueles dolores".

Por su romántico gesto, por su fe en la unión, por su gran voluntad que lo levantó desde la cuna humilde hasta la jefatura de varios estados, Morazán es inmortal. Prue-

ba, que se le recuerda, se le discute y se le critica al cabo de una centuria.

El gran José Cecilio del Valle, en su discurso de 10 de julio de 1831, apuntaba: "Si queremos que subsista lo político, pensemos, como corresponde, en lo económico. Tener derechos y vivir desnudos, sería muy triste vivir". Es una real concepción política. Los pueblos quieren libertad, quieren justicia, pero también piden pan; piden bienestar. No pueden desatenderse los problemas económicos, agrícolas y sociales. Los románticos no pueden gobernar. No se vive de ilusiones. Lo sensible, lo trágico, es que los hombres de gran esfuerzo, de voluntad firme, de valor temerario, no puedan unir a sus acciones románticas, a sus ensueños quiméricos, la realización de planes materiales; de ejecutorias que los hagan hombres del presente. El idealismo debe tener arraigo terrenal.

Haydn, el eminente compositor, solía rezar sus oraciones, al despertar cada mañana, para pedir la gracia de la inspiración, antes de sentarse al piano. Ya en la tarea, si sentía dificultades, volvía a implorar la gracia. El genio buscaba en lo Alto la inspiración y las fuerzas necesarias para triunfar. Nosotros hemos invocado los propios manes de Morazán para que iluminaran nuestra mente y guiaran nuestros pasos. Que no ha sido el propósito restar altura a su gloria. Pero es lo cierto que cuando el retrato se retoca a porfía, la persona no se conoce; la fotografía parece ser la de otra. Si crece alta la maleza o las trepadoras de luciente florescencia, aunque la fronda dé gracia al paisaje, se aminora la amplitud del panorama. El exceso de elogio desfigura la personalidad. Efecto contrario al que se busca. Ningún otro mérito nos gustaría alcanzar, que el de haber contribuído a establecer la verdad. Y para terminar, reafirmo que la fraternidad de las naciones centroamericanas sólo se cimentará sobre bases sólidas, cuando se haga la revisión de su historia.

Francisco María Núñez.

San José, C. R., setiembre de 1942.

(Tomado de Diario de Costa Rica.)

OMAR DENGO

APUNTES DE ODISY ZELAYA



A LOS QUE FUERON SUS DISCIPULOS Y
AMIGOS; A LOS QUE LE CONOCIERON
Y COMPRENDIERON; A LOS QUE LE
RECUERDAN CON ADMIRACIÓN, A LA
ESCUELA NORMAL QUE FUÉ SU TEM-
PLO, ESTE HOMENAJE DE

LA AUTORA.

I PARTE

LA CUNA

En la mañana del 9 de marzo de 1888 un hombre delgado, pálido, de mediana estatura, está sentado frente a una mesa de su taller, que más parece una de esas casas de compra y venta. En la mesa, libros y revistas alternan con compases, escuadras, aparatos diversos y hasta morteros. En las paredes, colecciones de armas diversas herrumbreadas se destacan entre relojes de todas las marcas y de todas las formas. Aquí diseños de un aparato, más allá un soplete de mano, una pequeña fragua, un yunque, un banco con su prensa. El dueño del taller viste traje de casimir completo; sobre el pecho, de uno a otro lado del chaleco cruzan gruesas cadenas de oro que hunden en cada bolsa sendos y grandes relojes que parecen soles resplandecientes. El saco que viste cuelga considerablemente hacia delante por el enorme peso del contenido de sus bolsillos en cuyo interior alternan tablas de logaritmos con tratados de mecánica, plumadas recién salidas del torno, cintas métricas de extraordinarias dimensiones y quizá una bola de billar acabada de tornearse o de pulir.

El dueño del taller es el ingeniero don Manuel Dengo, extravagante en sus inquietudes intelectuales, constructor e inventor de actividades inestables y siempre novedosas, que persigue los progresos constantes de la ciencia y que trata de ensayar cuanto se asoma en su privilegiada mente.

Han llamado varias veces a la puerta de su taller, pero el ingeniero permanece inmutable en sus observaciones sobre la exactitud del nuevo reloj que construye. La noticia de que acaba de nacer su hijo apenas le interesa; sin embargo tiene tiempo de preguntar: ¿es un varón?

El ingeniero don Manuel Dengo no es solamente el primer mecánico con que cuenta el país en ese momento; es un

hombre de profundas inquietudes intelectuales que conoce su historia y su ciencia y que tiene su cultura filosófica. Cuando piensa en su hijo se ve proyectado a sí mismo y piensa en todas las maravillas que le enseñará y fantaseando en un porvenir misterioso se queda frente a su mesa, inmóvil, como inmóvil se ha quedado su reloj. De pronto, abandona su taller y va en busca del recién nacido. La madre, con blancura delicada que se hace más intensa por la palidez, lo ve acercarse hacia su lecho y una tímida sonrisa alumbra en sus labios, al tiempo que en sus ojos pardo azulados se desgrana una mirada como un hilillo claro de apacible y sufrida ternura.

No hay palabras afectuosas; don Manuel es un hombre severo. Muchos son los quehaceres; muy agitada es la vida y no hay mucho tiempo para dedicarlo a las delicadezas familiares.

La madre vuelve los ojos hacia su hijo y con una alegría valerosa lo acaricia por primera vez. El recién nacido se estremece y hunde la pequeñez de su cuerpo débil y pálido en los pañales que le han recibido.

Así empieza la vida de Omar Dengo nacido en seno que vino de tierras lejanas.

Discurre su niñez en este ambiente huérfano de comprensivas y gloriosas alegrías, rodeado de un gran silencio, saturado de normas inflexibles de catoniana urbanidad, sin amigos con quienes correr tras el aro de metal, sin poder lanzar una voz más alta de alegría ni una lágrima de dolor. Enfermizo desde pequeño, no tiene su cuerpo el goce deslumbrante del sol que lo invite a correr por las mañanas. El aya, que es al mismo tiempo su madre,—demasiado ocupada en los quehaceres domésticos—, no tiene tiempo de arrullarlo ni de cantarle sus canciones. Es mucha su ternura, sin embargo; la derrama en sus afanes de todos los instantes; en la palabra suave deslizada al pasar, en el silencio atado a los menesteres de la aguja y en el callado ir y venir en la cocina, mientras prepara el rico pan de anís o cerca del fuego, vela el ambarino gotear del café.

Tiemblan sin duda en sus labios los relatos y las canciones pero el niño enfermizo y triste no puede jamás escucharlas. Una profunda melancolía de tierras lejanas une